

SANTIAGO, Septiembre 9 de 1947.

Señor Don
Eugenio Cruz Donoso
T A L C A

Estimado Eugenio:

Le atribuyo la misma importancia que tu le das a la carta de Monseñor Salinas.

Creo, en primer término, que no puede ser considerada como una simple "metida de pata" del Obispo, aún cuando a primera vista podría estimarse posible dada la debilidad humana general y en especial el temperamento apasionado del Obispo, unido a muchos hechos anteriores de su actuación en que ha mostrado poco reposo y serenidad.

Sin embargo, en este caso el ha procedido, según parece, previa una reunión de la Comisión Episcopal de la Acción Católica, invocando no solo su carácter de Obispo Auxiliar de Santiago sino que de Asesor General de la Acción Católica y todavía refiriéndose principalmente a los términos del manifiesto de la juventud lanzado tres meses y medio antes.

Debe pues atribuirse a la carta de Mons. Salinas todo el valor de autoridad, que, por desgracia tiene.

Se hace también difícil ver que el manifiesto ha tenido un sentido preferentemente político, aún cuando en realidad esa es la manera como generalmente se le ha interpretado.

No puede creerse que para atacar concretamente a la Falange haya sido necesario sacrificar a un grupo de jóvenes totalmente alejados de la política y en especial de dicho partido é inspirados verdaderamente, comenzando por el valioso Presidente, en puros entusiasmos apostólicos y cristianos. De los veinticuatro jóvenes que firmaban el manifiesto hay uno solo que ha demostrado simpatía Falangista y todos los demás o son francamente Conservadores o han guardado completa prescindencia en el terreno político.

Sería también talvez excesivo optimismo en cuanto a la trascendencia de la Falange, que tu y yo sabemos en estos días bien escasa, creer que con esa carta se ha querido hacerle un ataque preferente.

Puedo informarte que William Thayer, luego que se conoció la carta, fué a hablar con Monseñor Salinas y le reco-

noció que por lo menos su carta no se refería a la Falange exclusivamente.

Los dirigentes de la Falange le han dado naturalmente a la carta toda la importancia que tiene y en especial toda la que le han atribuido.

Creo que ella es objetivamente injusta, por cuanto su actitud se ha ceñido estrictamente a la libertad que la Iglesia otorga a los Católicos en materias puramente temporales, aún cuando algunos, y entre ellos yo, creemos que la manera como se ha descuidado la presentación de las actitudes hace aparentemente explicable las críticas que se le han hecho.

Han estado todos de acuerdo en que, aún cuando la carta es pública y ha sido repartida profusamente en folletos y especialmente a los Parlamentarios Conservadores, no conviene ni a los intereses de la Iglesia ni tampoco a los de la Falange una ventilación pública de las discrepancias suscitadas con motivo de esa carta.

Fué preparado un memorial respetuoso que se le entregó personalmente al propio Mons. Salinas en que se niegan con energía los cargos hechos en la carta en lo relativo a la Falange y se reivindicán con valor las libertades que dentro del Catolicismo tienen los fieles para actuar en el terreno político, inspirados en los principios cristianos pero sin comprometer a la Iglesia. Se termina el documento con una filial sumisión a la jerarquía cuyas decisiones se promete respetar, después de haber manifestado la seguridad de que en ningún caso, como lo prueba la historia de la Iglesia, podrán servirse de ella como arma para combatir unos a otros en la política partidista.

Entre tanto, esto ha servido para vitalizar la Falange y tonificar la corriente a que pertenezco contraria a una errada política comunista en la forma como se ha practicado, todo lo cual espero se traducirá en una enérgica reacción en la elección de las autoridades que corresponde hacer el 27 del actual.

En el afán de no quitarme ni quitarte más tiempo en estas cosas, y aún cuando mucho más podría decirte, te saluda afectuosamente,

Tu amigo y S. S.

Alejandro Silva Bascuñan.